

W. Montgomery Watt

Historia de la España islámica

Con la colaboración de P. Cachia



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *A History of Islamic Spain*

Traducción de José Elizalde

Revisión de Fernando de la Granja

Primera edición: 1970

Tercera edición: 2013

Quinta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Patio de los Leones de la Alhambra (detalle de la fuente)

© Album / Oronoz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1965 W. M. Watt and P. Cachia. Edinburgh University Press, Edinburgh, Scotland

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1970, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-7455-1

Depósito legal: M. 3.608-2013

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción
13	1. La conquista musulmana
29	2. La provincia del califato de Damasco
46	3. El emirato omeya independiente
58	4. El esplendor del califato omeya
87	5. Las realizaciones culturales bajo los Omeyas
114	6. El fin de la dominación árabe
132	7. Los imperios beréberes: los almorávides
142	8. Los imperios beréberes: los almohades
154	9. El auge cultural en el período de decadencia política
199	10. El fin de la España islámica
222	11. La importancia de la España islámica
237	Notas
247	Bibliografía

Introducción

El interés de la España islámica

La España mora ha despertado durante muchos siglos la imaginación de Europa. Los romances cantan la valerosa resistencia de Roldán en el paso de Roncesvalles y la figura del Cid aparece rodeada por leyendas que nos lo presentan como un gran héroe. Pero no fue sólo la lucha contra los moros lo que atrajo la imaginación europea. Los habitantes más avisados de los bárbaros reinos y ducados cristianos de la Europa occidental comprendieron que al sur de los Pirineos había un país de cultura más elevada, en el que gentes que llevaban una vida suntuosa gozaban de los placeres de la música y de la poesía; y poco a poco fueron apropiándose cuanto pudieron de aquella cultura. La antigua admiración resucitó en parte con el movimiento romántico, y gracias a la influencia de Washington Irving debemos sin duda el que la palabra

«alhambra» sea tan familiar para muchos que nada saben del palacio del siglo XIV.

Incluso para el prosaico historiador científico que investiga la España islámica –el término «musulmán» sólo es aplicable propiamente a las personas–, el tema no deja de ser fascinante. Se trata de una cultura oriental que penetró en Europa y ha dejado su impronta en magníficas reliquias arquitectónicas. Ofrece un ejemplo importante de íntimo contacto de culturas diversas, sin el cual no podría explicarse lo que ha sido y es la historia de Europa y de América. Los principales monumentos de esta cultura son relativamente fáciles de visitar, y en la mayor parte de las estaciones del año la visita resulta deliciosa. El estudio de la España islámica da además respuesta a una serie de cuestiones referentes a la naturaleza general de los procesos históricos. El tratamiento del tema en la presente obra se ha guiado por estas cuestiones, que pueden agruparse en tres conjuntos básicos.

En primer lugar, la España islámica debe ser considerada en sí misma. Está generalmente aceptado que cuenta en su haber grandes, magníficas realizaciones. Pero ¿en qué consistió su grandeza? ¿En la belleza de los edificios que nos ha legado? ¿En las obras literarias, que son contribuciones de primera categoría al acervo común de la humanidad? ¿En los escritos filosóficos, científicos o religiosos que figurarán indiscutiblemente entre los clásicos del «mundo unificado» hacia el que avanzamos? ¿Hasta qué punto no depende esta imagen de la España islámica del contraste entre su exuberancia y el ascetismo de la vida de sus contemporáneos del resto de la Europa occidental, así como del hecho de haber cons-

tituido el cauce por el que penetraron en Europa los elementos, tanto materiales como intelectuales, de una cultura más elevada?

En segundo lugar, la España islámica debe ser considerada como una parte del mundo islámico. Compartía la cultura de un área muy vasta, y es preciso tener en cuenta sus relaciones con los principales centros de irradiación de aquélla. ¿De qué naturaleza fueron esos vínculos? ¿Se limitó a recibir pasivamente la cultura islámica, o bien llevó a cabo una contribución específica a este mundo cultural? ¿Cabe considerarla como una célula activa en el organismo social del islam? Por otra parte, ¿hasta qué punto llegó a adaptarse a las circunstancias concretas de la Península Ibérica, tales como el clima, la geografía y la mezcla de religiones? ¿Consiguió integrar en una unidad los diversos grupos raciales y sociales, e impregnar a toda la sociedad con sus valores? De aquí puede derivarse otra cuestión, la referente a las relaciones entre España y el norte de África, especialmente con la parte que hoy constituye Marruecos y Argelia. ¿En qué medida fueron estas dos regiones una sola área cultural dominada por España?

Por último, la España islámica se hallaba en estrecho contacto con sus vecinos europeos. ¿Qué debe Europa a esta relación? ¿En cuántas esferas podemos percibir su huella? ¿Qué hemos aprendido los europeos de los musulmanes españoles? La influencia de la España musulmana es evidente, por otra parte, en tanto que suscitadora de la reacción europea. La cruzada es en parte una réplica a la *ÿihād*, o guerra santa, de los moros; y la Reconquista fue un elemento decisivo en la formación de la

España moderna. Pese a que la respuesta a estas últimas preguntas pertenece a la historia de Europa y de la España cristiana, al menos pueden esbozarse las direcciones que han de seguir tales respuestas.

1. La conquista musulmana

La conquista como fase de la expansión árabe

Para los habitantes de España, la conquista árabe, entre los años 711 y 716, fue fulminante como un rayo. En cambio, para los árabes, la invasión de España representó simplemente una fase más de un largo proceso de expansión¹. Constituyó sin duda una fase eminentemente fructífera y afortunada, coronada por el éxito con extraordinaria rapidez; pero en el proceso de expansión, iniciado como mínimo a partir del año 630, se habían dado ya otras fases semejantes. Durante el reinado del califa 'Umar I (634-644), el Estado árabe, aún en período embrionario –en aquella época se hallaba constituido por una alianza de la mayoría de las tribus (aunque no todavía la totalidad) de la Península Arábiga–, había derrotado al Imperio bizantino, arrebatándole las provincias de Siria y Egipto, y había asestado además al Impe-

rio persa un golpe tan demoledor que éste había cesado de existir, quedando los territorios que ahora llamamos Irak y Persia a merced de ser ocupados por los árabes tan pronto como éstos dispusieran de los hombres necesarios para asegurar su dominación. Y aquello había sido sólo el principio.

Durante aproximadamente un siglo, los árabes continuaron progresando en todos los frentes. Una de sus líneas de expansión iba hacia el nordeste, siguiendo la dorada ruta que conduce a Samarcanda y aún más allá; otra se dirigía hacia el sudeste, hacia el valle del Indo, y la tercera hacia el oeste, a lo largo de las costas del norte de África. El avance no fue paulatino sino que se produjo a saltos. Hubo períodos de calma y de consolidación, cada vez que los árabes se detenían ante algún obstáculo importante o para resolver sus tensiones internas.

Para comprender cómo fue posible esta asombrosa expansión hay que remontarse a la vida de Mahoma. Mahoma fue al mismo tiempo profeta y político, combinación difícil de entender para la mentalidad moderna, con su concepción de la religión como un compartimento estanco. Como político, estaba interesado en la unidad árabe; pero tal vez pensó que la unidad política iba implícita en el carácter de su misión profética, la cual no se dirigía únicamente a los hombres de La Meca, sino a los árabes en general. La unidad era, sin embargo, prácticamente imposible sin una expansión territorial, debido a la naturaleza de la vida nómada. La principal base económica de este modo de vida era la cría y el pastoreo de rebaños mediante desplazamientos irregulares desde las zonas en las que había pastos abundantes después de

cada lluvia a aquellas otras en las que existían pozos permanentes. Cuando las condiciones se lo permitían los nómadas exigían una remuneración a cambio de la conducción de hombres y mercancías. La vida en el desierto árabe, sin embargo, nunca fue fácil; eran frecuentes las razzias o ataques, que, emprendidos generalmente con la finalidad de ahuyentar el ganado de un enemigo, producían también ocasionalmente pérdidas humanas. Las bajas producidas por las razzias y otras contiendas contribuían sin duda en alguna medida a resolver los problemas planteados por la escasez de alimentos. Probablemente, en un determinado momento de su vida, Mahoma comprendió que la unidad política de los árabes era incompatible con las razzias y las contiendas internas; pero si éstas se hubieran suprimido, el problema de encontrar alimentos se habría agravado. ¿Cómo superar esta dificultad?

La concepción islámica del *yihād*, o guerra santa, ha de ser considerada en este contexto. No fue en ningún momento un fenómeno puramente religioso, sino también, al menos en parte, un instrumento político. Constituyó indudablemente una transformación de la vieja tradición nómada de las razzias, cuya explicación ha de buscarse en la situación en que se hallaba Mahoma cuando únicamente tenía bajo su control Medina y unas pocas tribus aliadas. Lo normal era que cada tribu efectuara una razzia contra cualquier tribu o familia con la que no mantuviera en aquel momento relaciones amistosas. El funcionamiento del pequeño estado de Medina era en muchos aspectos similar al de una tribu. Tenía aliados y amigos, e igualmente enemigos, entre las tribus nómadas

de la región. Mahoma insistió, por lo menos en la última época de su vida, en que quienes desearan ser plenamente aliados suyos deberían convertirse al islamismo y reconocerle como profeta. En esta situación, la concepción de la guerra santa no significa sino que las incursiones de saqueo de los seguidores de Mahoma se orientan contra los no musulmanes; así pues, a medida que aumentaba el número de tribus próximas a Medina que se convertían al islam, era necesario dirigir estas expediciones más y más lejos. Hay pruebas de que Mahoma era consciente de que el crecimiento de su alianza, al impedir las contiendas entre los miembros, agravaba los problemas alimenticios, y de que hizo preparativos para llevar a cabo razzias más amplias hacia Siria, la más próxima de entre las regiones relativamente ricas. El hecho es que sus sucesores, tan pronto como recuperaron el control sobre algunas tribus desafectas, dirigieron grandes expediciones de saqueo contra Siria e Irak.

Está muy generalizada la errónea idea según la cual la guerra santa significa que los musulmanes daban a elegir a sus enemigos «entre la espada y el Islam». En algunos casos sucedió así, pero esto sólo ocurrió cuando sus adversarios eran politeístas o idólatras. Para los judíos, los cristianos y otros «pueblos del libro», es decir, para los monoteístas con tradiciones escritas —expresión que se interpretaba muy liberalmente—, existía una tercera posibilidad: convertirse en «grupo protegido», que pagaba un impuesto o tributo a los musulmanes, pero que gozaba de autonomía interna. Los miembros de estos grupos se llamaban *dimmies*. En Arabia casi todas las tribus nómadas eran idólatras, razón por la cual fueron

convertidas por la fuerza al islamismo. Sin embargo, en los demás países la población nativa se encuadraba por lo general en «grupos protegidos». No se les obligaba a convertirse al islam, sino más bien a mantenerse en sus creencias. Los bienes muebles capturados como botín en las expediciones solían distribuirse entre los participantes en la expedición; pero cuando los musulmanes árabes empezaron a conquistar tierras, prefirieron no dividirlas entre ellos ni adoptar un modo de vida agrícola. Era más útil permitir a los antiguos cultivadores que siguieran trabajándolas y exigirles rentas y tributos que, una vez distribuidos, proporcionaban a los musulmanes los medios para constituir una fuerza expedicionaria permanente.

Así fue como los árabes pudieron avanzar con tanta rapidez y conservar sus conquistas. Los ciudadanos de pleno derecho, o musulmanes, recibían un salario del erario público y se hallaban en condiciones de consagrarse casi plenamente a guerrear. Y como ese estipendio podía aumentar como consecuencia de la distribución de los botines que se capturaban, los musulmanes estaban siempre dispuestos a emprender expediciones que prometieran ser lucrativas y no excesivamente arduas o peligrosas. Sin embargo, cuando las poblaciones atacadas eran sometidas y se convertían en «protectorados», era necesario planear nuevas expediciones a lugares aún más lejanos, e ir dejando guarniciones en las principales ciudades de los territorios conquistados.

La expansión de los árabes hacia el oeste empezó tan pronto como lograron introducirse en Siria. Desde Siria marchó hacia el sudoeste una expedición, la cual, entre

el 640 y el 642, impuso a todo Egipto la dominación árabe. Casi inmediatamente después se efectuaron expediciones de exploración, a lo largo de la costa, hasta Cirenaica y Tripolitania. Un intento de contraataque bizantino, así como una serie de problemas internos en otras zonas, frenaron el avance de los árabes, pero no pudieron impedir que en el 670 fundaran la ciudad de Qayrawān en Túnez. En este punto tuvieron que detener nuevamente su avance, sobre todo a causa de la resistencia de las tribus beréberes; por otra parte, la ciudad de Cartago permanecía en manos de Bizancio. Mediante una hábil utilización de las rivalidades entre las tribus beréberes, especialmente de las existentes entre las tribus nómadas y las sedentarias, los árabes lograron finalmente asegurar su dominio sobre Túnez y convertir al islam a la mayoría de los beréberes. Finalmente, en el año 698 los bizantinos fueron expulsados de Cartago, y poco después del 700 expediciones de árabes y de beréberes musulmanes (probablemente nómadas) empezaron a penetrar en Marruecos y en la costa atlántica a través de Argelia. La resistencia de los beréberes sedentarios de estas regiones fue aplastada, obligándoseles a reconocer la soberanía árabe. Las etapas finales del avance hacia el Atlántico fueron obra de Mūsà ibn Nuşayr, nombrado, al parecer en el 708, gobernador independiente de Ifrīqiya (es decir, de Túnez) y directamente responsable ante el califa de Damasco; anteriormente, el jefe de la administración de Qayrawān había estado subordinado al gobernador de Egipto.

Hubiera podido pensarse que, después de estos éxitos en el noroeste de África, los árabes continuarían en di-

rección sur. Al menos en algunas zonas había terrenos del tipo al que estaban acostumbrados. Dado que la búsqueda de botín era una motivación importante, los musulmanes debieron darse cuenta de que el avance hacia el sur o hacia el sudoeste llevaba consigo una compensación muy escasa. Por otra parte, también debieron circular rumores e informaciones más o menos dignas de crédito acerca de las grandes riquezas y maravillosos tesoros de España; así pues, no es sorprendente que los musulmanes decidieran arriesgarse a la operación, de una total novedad y manifiestamente aventurada, de atravesar el Estrecho con el fin de descubrir el grado de verdad que contenían aquellas informaciones. La invasión de España estuvo, por tanto, en íntima relación con la previa expansión del poder árabe en el norte de África, y posiblemente se hubiera producido lo mismo aunque no se hubieran dado los factores en la situación local (como, por ejemplo, la actitud y los intereses del conde Julián), que estimularon a los musulmanes y les ofrecieron una vía de penetración.

Aunque el mando supremo seguía estando en manos de gentes de raza árabe (considerada ésta exclusivamente en función de la ascendencia masculina), a raíz de la sumisión de los beréberes de Túnez y de Argelia oriental, hacia el 700, una parte considerable de la fuerza expedicionaria pasó a estar compuesta de beréberes. Sin este aumento de recursos humanos la conquista de España hubiera sido imposible. Por consiguiente, es más correcto hablar de expansión musulmana que de expansión árabe, pese a que la distinción entre árabes y beréberes, que no desapareció cuando estos últimos se convirtieron

al islam, habría de constituir con el tiempo una grave fuente de tensiones internas en la España islámica.

La debilidad de la España visigoda

La España que tan fácilmente fue conquistada por los musulmanes adolecía de graves debilidades internas. El examen de la situación de la Península Ibérica al comenzar el siglo VIII resulta necesario no sólo para comprender la conquista, sino también para apreciar debidamente el desarrollo cultural de la España islámica².

Los visigodos entraron en España en el 414 y ocuparon el nordeste del país, esto es, la provincia romana Tarraconense. Si bien consiguieron mantener su poder mediante diversas soluciones políticas, la integración real nunca llegó a producirse, debido a que los visigodos se adhirieron al arrianismo, forma herética del cristianismo, mientras que la mayoría de la población nativa continuó siendo católica. En el año 589 se produjo, sin embargo, un importante cambio, cuando el rey y los visigodos más preeminentes abjuraron del arrianismo y se convirtieron al catolicismo. Esto contribuyó a la constitución de un reino estable y unificado, que abarcaba la totalidad de la Península Ibérica y la provincia de Septimania, en el sur de Francia. Parece que, a principios del siglo VIII, la aristocracia visigoda y la nobleza hispanorromana se habían fundido en un solo grupo privilegiado, que incluía a todas las «clases elevadas». En el seno de esta clase superior existían fracciones opuestas, pero no parece que el enfrentamiento respondiera a causas raciales. A las cla-

ses elevadas pertenecía también la jerarquía eclesiástica. Los arzobispos y obispos desempeñaban un papel considerable en el gobierno y en la administración del reino; sin embargo, no se trataba, como a veces se ha afirmado, de un Estado teocrático. Por el contrario, los obispos estaban dominados por el rey y sus consejeros, y en grandísima medida no representaban ya los intereses del pueblo llano.

Sin embargo, la monarquía misma distaba de ser fuerte. En principio, el rey era elegido por las clases elevadas de entre sus propios miembros. No existía una regla fija sobre la sucesión. Algunos reyes trataron de asegurar la sucesión de uno de sus hijos asociándole a su poder antes de su muerte, pero los restantes miembros de las clases superiores con frecuencia no estaban de acuerdo con este procedimiento. Las intrigas en torno a la sucesión fueron constantes. La debilidad del rey respondía también a la inadecuada naturaleza de su ejército. En teoría, todos los hombres libres capaces de empuñar las armas estaban obligados a la prestación militar cuando el rey les convocaba a ello. No era éste el tipo de obligación y de vasallaje que encontramos en el sistema feudal surgido en Europa occidental en siglos posteriores; cada hombre mantenía una relación directa con el rey, a quien debía lealtad. Parece ser que, hacia fines del siglo VII, los reyes encontraron grandes dificultades para reclutar un ejército adecuado. Las causas de estos rasgos tan poco satisfactorios de la monarquía se remontan a la concepción germánica de la «tribu», o unidad política, que los visigodos de España estaban intentando aplicar a circunstancias para las que resultaba inadecuada.

Además de las clases elevadas, la población se componía de hispanorromanos libres, así como de una considerable proporción de campesinos en régimen de servidumbre, sucesores de los *coloni* romanos. Este último grupo social vivía en condiciones muy duras, pero también los hombres libres se encontraban discriminados. Por consiguiente, el descontento era grande, y amplios sectores populares recibieron a los musulmanes como libertadores y les apoyaron con todas sus fuerzas. Las ciudades, en particular, se encontraban en una situación más desfavorable que bajo la dominación romana, y habían perdido muchos de sus privilegios municipales. Dado el primitivo modo de vida de los visigodos, no es de extrañar que apenas apreciaran los beneficios del comercio y de la vida urbana en general; pero la razón más importante ha de buscarse probablemente en la regresión económica general que siguió a la caída del Imperio romano.

Esta minusvaloración del papel del comercio tal vez fue una de las causas del severo trato a que fueron sometidos los judíos del reino, puesto que muchos de ellos eran comerciantes. Otro factor fue la íntima asociación entre los obispos y el rey; una gran parte de las tareas de gobernación del reino se discutía en los concilios eclesiásticos, y las jerarquías de la Iglesia, influidas naturalmente por consideraciones teológicas, veían a los judíos como enemigos. Los decretos especialmente rigurosos del Concilio del año 693 hicieron prácticamente imposible que los judíos prosiguieran su actividad comercial. Muchos de ellos empezaron a conspirar con sus hermanos de raza del norte de África; y un nuevo decreto del año 694 condenaba a la esclavitud a los judíos que no

aceptaran el bautismo. Incluso aunque posteriormente esta medida se suavizara en la práctica y no se cumpliera estrictamente, el gran descontento existente entre los judíos contribuyó tal vez a estimular los proyectos musulmanes de invasión; en cualquier caso, es seguro que los judíos del norte de África estaban dispuestos a proporcionar toda la información que poseían. Una vez derrotado el ejército visigodo por los musulmanes, los judíos les apoyaron con todas sus fuerzas.

El antecedente inmediato de la invasión fue una de las muchas disputas habidas en torno a la sucesión en el poder, que se diferenció de las ya habituales en que sumió al país prácticamente en una guerra civil. Égica y Vitiza, padre e hijo, habían reinado desde el año 687. Vitiza deseaba que uno de sus hijos, Ágila, le sucediera, y como paso previo le nombró *dux* de la provincia del nordeste (Tarraconense).

Cuando murió Vitiza en el año 710 parece que un poderoso grupo de nobles eligió rey a Rodrigo. Ágila, sin embargo, se mantuvo al frente de su provincia, e incluso acuñó moneda como si fuera un soberano independiente. Así, pues, cuando Rodrigo hubo de enfrentarse con los invasores musulmanes, no controlaba firmemente todo el territorio. No es sorprendente, por tanto, que fuera derrotado, ni tampoco que tras su derrota no hubiera ningún grupo o individuo capaces de actuar como autoridad central del reino.

La debilidad del reino visigodo puede atribuirse, así, pues, a tres factores principales: las divisiones entre las clases elevadas acerca de la sucesión del reino; el descontento de los demás sectores sociales ante los privilegios de

las clases superiores, y, por tanto, la dudosa fidelidad del ejército; y, finalmente, la persecución contra los judíos.

El curso de la invasión, 711-716

El primer contingente importante de musulmanes puso pie en el sur de España en abril o mayo del año 711, lo que significa que conoció Andalucía en su época más atractiva³. No era aquél, desde luego, el primer contacto musulmán con España, pero todo lo anterior a este momento sólo lo conocemos de manera confusa, a través de un halo de leyenda. *Faute de mieux*, hemos de partir de esta leyenda. Su figura central es el conde don Julián, acerca de cuyo nombre, incluso, se han mantenido vivas polémicas. Era posiblemente un exarca bizantino de Ceuta (Septa), situada frente a Gibraltar. De ser correcta esta hipótesis, el relativo aislamiento de don Julián explicaría sus íntimas relaciones con una de las partes que luchaban por el trono del reino visigodo de España. Cuenta la leyenda que don Julián estaba encolerizado porque su bella hija, a la que había enviado a Toledo para que allí recibiera educación, había sido seducida por don Rodrigo, quien, con usurpación o sin ella, era el rey efectivo, aunque precario, de España. Se dice que el irritado Julián pidió ayuda a los musulmanes para vengar su ofensa. Aparte de esta historia, hay una serie de pruebas menores en el sentido de que tanto Julián como los adversarios visigodos de Rodrigo se esforzaron deliberadamente por despertar el interés de los musulmanes hacia España y de que en un primer momento les prestaron considerable ayuda.

Se cuenta que hacia octubre del año 709 algunos hombres de don Julián hicieron una incursión al otro lado del Estrecho para demostrar a los musulmanes la riqueza del botín que podría obtenerse. En julio del año 710 una partida de cuatrocientos musulmanes, encabezados por su jefe, Ṭarīf, desembarcó en la punta más meridional de España, al oeste de Gibraltar, en el lugar que hoy se llama Tarifa. Esta operación de reconocimiento dio buen resultado, y los musulmanes quedaron lo suficientemente satisfechos como para organizar una expedición en gran escala al año siguiente. Unos siete mil hombres fueron transportados a un punto inmediato a Gibraltar en naves suministradas por don Julián. La mayor parte eran beréberes, y su jefe era un lugarteniente beréber de Mūsà ibn Nuṣayr (el gobernador árabe del noroeste de África), cuyo nombre, Ṭarīq ibn Ziyād, ha sido perpetuado en el de «Gibraltar», que no es sino una corrupción de *Yabal Ṭarīq*, la montaña de Ṭarīq. Era Ṭarīq un competente jefe militar que estaba al mando de las fuerzas que guarnecían Tánger. A causa de la ausencia del rey Rodrigo, que se hallaba en el norte, los musulmanes tuvieron tiempo para establecer una base en el lugar donde se alzaría posteriormente la ciudad de Algeciras. Rodrigo se apresuró a dirigirse hacia el sur tan pronto como recibió noticias de la expedición, y el 19 de julio atacó a los musulmanes en un valle o *wādī*, que la mayoría de los historiadores identifican actualmente como el del río Barbate. Los musulmanes habían sido reforzados por un contingente de cinco mil hombres, mientras que, al parecer, algunas de las tropas de Rodrigo que no le eran afectas se retiraron del campo de batalla. El resultado fue